

Viajes y sueños

Barcelona, Zaragoza, Nápoles, Palermo

2, Encuentro en Barcelona

«Aquel que todo lo ha visto hasta los confines del mundo, aquel que todo lo ha vivido para enseñarlo a otros propagará parte de su experiencia para el bien de cada uno.»

[Poema de Gilgamesh]

Estaba amaneciendo. Volaban sobre el mar. Dentro de unos minutos aterrizarían en El Prat. Cuando Marina abrió los ojos, el amanecer se había teñido de azul. El agua parecía estaño bruñido, las barcas surcaban el mar y provocaban un suave oleaje que atrapaba la luz entre su espuma. Elliot, somnoliento, trataba de leer una traducción al inglés de Salvador Espriu, el gran poeta catalán que Marina le había descubierto en sus largas tertulias.

Descendieron del avión. Exaltados, recorrieron los interminables pasillos del aeropuerto. Buscaron con la mirada a sus amigos Eva y Oriol. Distinguieron una figura apoyada en el mostrador de información. Marina reconoció la imagen erguida y esbelta de Eva que vestía jersey de cuello vuelto color beis y falda de pana. Al instante se giró y por un momento sus miradas se quedaron como suspendidas en el aire. «¡Oh, ya habéis llegado...!» Se ríen y abrazan. A pocos pasos Oriol de rostro patrício, con nariz aguileña y pelo castaño claro se unía al alborozo general.

Marina olía el fresco y la brisa marina que llegaba del mar. Inhaló hondo y dejó escapar el aire con un largo suspiro nostálgico.

Marina conservaba la casa de sus padres en la calle San Elías, el santo de fuego que se refugió en el monte Hored perseguido por la malvada fenicia Jezabel, esposa del rey Ajab. Cuenta la tradición que fue arrebatado en un carro de fuego tirado por caballos ígneos y trasladado a los cielos.

BARRIO DE SAN GERVASIO. RECUERDO A MARAGALL Y MARSÉ

Llegaron a casa. Marina abrió la puerta del tercer piso lentamente. Se sentía como si un extraño ocupara su lugar, y ella lo viera todo a través de sus ojos. Reinaba un silencio invisible. El tiempo lo conserva todo, pero en el recuerdo todo se vuelve descolorido, como las fotografías antiguas. A la entrada un piano de madera brillante, sobre él una fotografía de Marina en un marco de plata, una figura de Saraswati orante en madera policromada y una muñeca de porcelana ataviada con

un vestido romántico. En la pared un cuadro: «Salomé» de Moreau, el pintor simbolista, considerado por muchos un pintor literario. Fue un artista solitario que siguió un derrotero singular en su pintura. Produjo telas en las que el colorido y la pincelada nada tenían en común con otros artistas de su época. Se trata realmente de un universo distinto, habitado por figuras todavía clásicas de la mitología. En este cuadro de Salomé, la presenta como la figura de la mujer imprevisible y castradora que estaba muy difundida en el arte por aquella época. Otros artistas trataron la figura de Salomé: bajo una forma irónica Felicien Rops, académica y convencional Franz Von Stuck, desgarradora Edward Munch, triunfante Klimt y aterradora Alfred Kubin.

En un rincón del salón había un cojín bordado por su abuela en suaves tonos pastel, sobre un sofá de colores malvas. Posado sobre una mesa de caoba un jarrón alto de boca estrecha lleno de rosas rojas y un libro con un punto sobresaliendo entre sus páginas *Las florecillas de San Francisco*. Una funda de saxo y un par de atriles de música reposaban contra la pared del fondo. En las paredes, librerías con anaqueles repletos de libros de historia, de arte, literatura y viajes. En el suelo una alfombra de tonos otoñales que era una embriaguez de formas y colores que abrían puertas a mundos imaginarios, como en los cuentos de hadas.

Abrieron los ventanales. Las cortinas de la terraza se agitaron y dejaron colarse un pálido rayo de sol. El viento les trajo el sonido de unas risas, una voz masculina y luego femenina y un instrumento de cuerda, lleno de curiosos semitonos.

Salieron bien entrada la mañana y tomaron un café en la Plaza de Molina. Marina le señala a Elliot la Fundación Maragall, antigua casa del escritor Joan Maragall, situada a pocos metros. La planta baja conserva el aspecto que tenía cuando el escritor vivía en ella. El tiempo se ha detenido. En el salón se recrea la atmósfera y el ambiente de la época: las cartas de los amigos, el *Cant espiritual* y la *Oda nova a Barcelona*, los muebles modernistas, un piano; los retratos familiares y algunas obras de arte. En el despacho retratos de algunos de sus amigos: José Pijoán, Giner de los Ríos, grabados de Florencia, Roma, Pisa y frente a la mesa, el sofá que fue el de la tertulia y de las visitas que como Josep María de Sagarra, Carles Riba y otros jóvenes poetas acudían a visitarlo. Un busto de bronce esculpido por Clará descansa sobre la repisa de la chimenea de oscuro mármol rojo, flanqueada por los globos de luz de gas. Al pie, permanece el sillón del poeta. En el otoño se organizan conciertos de música.

Tenían muchas cosas que contarse. Eva estaba impaciente por hablarles de su libro de poemas recién editado, *La danza de las sombras* y que sería presentado en el Círculo del Liceo. Los tilos y las acacias estaban floreciendo. La calle bulliciosa, brillante y alegre. Se oían las risas y los gritos de los jóvenes del Colegio Suizo de la calle Alfonso XII.

Es aquí, en San Gervasio y el Guinardó, donde Juan Marsé hace transcurrir la novela *Últimas tardes con Teresa*. Ambientada en una Barcelona de claroscuros y contrastes. En tono melancólico narra la relación amorosa de Teresa, la muchacha

rebelde, y el inmigrante Manolo, ladrón de motos llamado «Pijoaparte». Sus amores enlazarán todo un mundo de hampones y burgueses. Introduce magistralmente los barrios de la Salut, el Guinardó, el Carmelo y parte de Gracia. Los personajes tienen una psicología muy distinta, y nos muestra hasta dónde pueden llegar las obsesiones de todos ellos, Maruja sólo pide cariño que espera encontrar en Manolo... Teresa, con las ideologías izquierdistas, y Manolo pensando que lucha contra las ideologías conservadoras...

A Marina le gustaba pasear al anochecer por la calle Aribau, mirando hacia los balcones y acordándose de Andrea, la protagonista de Carmen Laforet, que vivía por allí. Le gustaba imaginar que podía encontrársela y cogerse de su brazo como el de una amiga antigua. Tal vez estaba a punto de volver a aquella casa oscura donde vivían sus parientes, con un ambiente opresivo que recordaba el de Cumbres borrascosas. Ella llegaba allí después de haber estado deambulando sin rumbo por la ciudad, con su trajecillo raído. Se paraba vacilante ante el portal de la casa, le daba pereza subir a encerrarse y Marina le llamaría: ¡Andrea! y se reconocerían de inmediato...

PASEO DE GRACIA Y MODERNISMO

Elliot deseaba visitar la feria del libro instalada a lo largo del Paseo de Gracia, antiguo camino que unía la singular villa de Gracia, hoy convertido en un magnífico paseo lleno de vida, de arte, de luces y escaparates que parecen puestas en escena de grandes óperas y donde a principios de siglo la burguesía catalana construyó sus bellas mansiones, a la moda del momento, el Modernismo. Por esta vía comenzaron a circular la primera línea de tranvías tirados por caballos, explicaba Oriol, arquitecto urbano y convertido en guía excepcional del grupo. Con sus palabras era capaz de hacerles ver la magia del reflejo de la luna sobre bloques de mármol de cien años de antigüedad. Podía traer de vuelta la vida y las risas del pasado como si nunca les hubieran abandonado. Con él veían los colores del mundo, oían la música del viento.

El Modernismo ofrecía a la fantasía todo un repertorio de temas nuevos y frescos, las hadas, las princesas, los cisnes, las nubes y el agua, los ramajes y las flores, retomando el placer de los prados floridos, del mar y de las noches de luna llena. Cada animal y cada planta tenía un simbolismo impreciso, vago, brumoso, misterioso.

Elliot caminaba pausadamente sintiendo el aire y el tibio sol, el silencio de las piedras, el aroma de los árboles en flor, en contraste con las calles desnudas de Nueva York. «La manzana de la discordia», decía Oriol es la feria de las vanidades en arquitectura. Este grupo singular de tres casas, testimonio de la fantasía y creatividad de tres maestros modernistas, está formado por la casa «Lleó i Morera» de Domènech i Montaner, con fachada de composición y proporciones góticas y lenguaje simbolista de las tradiciones legendarias del país. «La casa Batlló» de Gaudí, es un festival a la naturaleza, columnas con osos, dragones consiguiendo una fantástica policromía, las cerámicas y las baldosas cambian de tonalidad según

se asciende, desde el blanco al azul ultramar. «La casa Amatller» de Puig i Cadafalch, combina elementos mudéjares y neogóticos a la manera de las casas gremiales, donde muestra todo el esplendor de la artesanía catalana, la escultura, la talla, la cerámica policromada, el esgrafiado, la forja... En su interior alberga el Instituto Amatller d'Art Hispànic, fundado por Josep Gudiol.

LAS RAMBLAS. EL CAFÉ DE LA ÓPERA

Era jueves y lucía una esplendida mañana de primavera. Marina y Elliot tenían todo el día por delante para recorrer Barcelona. Habían quedado para cenar en casa de Eva y Oriol, en la calle Salinas cerca de la Plaza del Sol.

Decidieron desayunar churros con chocolate en el «Café de la Opera». Tomaron el ferrocarril en la Plaza Molina hasta la Plaza de Cataluña. A Marina la boca del metro le recordaba a Alicia cuando es arrastrada por el conejo blanco al interior de la madriguera.

A Marina no le gustaba que nadie le hablara en el metro porque no le dejaban pensar, precisamente por la cercanía de todas aquellas personas tan distintas y desconocidas entre sí, aunque fueran haciendo juntas el mismo viaje en el mismo momento. Le gustaba imaginar sus vidas, comparar sus caras y su ropa. Y lo que más le divertía era comprobar que las diferencias eran mucho mayores que los parecidos. ¿Cómo sería posible que en una distancia tan corta como la que va del pelo a los pies pudieran darse tantas variaciones como para que no fuera posible confundir a uno de aquellos viajeros con otro?

Llegaron a Plaza de Cataluña y cuando salieron a la calle les recibió Las Ramblas en un estallido de vida y de luz: música en la calle, una pareja ataviados con trajes de fiesta bailando un vals, enlazados. Con el brazo derecho, el hombre rodea el talle esbelto y frágil de la mujer que se cimbrea en el abrazo, en un ademán de entrega y pasión a la danza, al ritmo, a la melodía «El Danubio azul», como si estuvieran en un salón de baile profusamente iluminado, o solos, bajo la luz de las estrellas como únicos testigos. Enmudece la plateada cadencia de la melodía y se pierde entre la luz, con sus alas etéreas. La música es el grado más alto de toda experiencia sensible. Esculturas vivientes, como congeladas, pintores callejeros, flores... Elliot, como siempre que pisaba la Rambla de Canaletas, bebió agua de la fuente, le habían contado que según la tradición si bebías su agua, volverías de nuevo a la ciudad. Antiguamente dicha fuente se encontraba en el interior de la primera Universidad de Barcelona, situada a pocos metros.

La Rambla es un paseo que se transforma según las horas del día y de la noche. Pocas calles como La Rambla tienen tan acentuada esta capacidad de cambiar su aspecto, el ritmo de su vida y, hasta sus olores y sus colores, según sea la estación del año y el momento del día.

Encontraron una mesa en el fondo del «Café de la ópera». Guardaba la esencia de la antigua chocolatería a la vienesa, cuando la gente se pasaba horas delante de una tacita de chocolate y una jarra de agua. En los espejos se mezclan temas de tradición neoclásica y modernista, como las musas que hacen volar sus

velos por encima de la cabeza. La puerta, las lámparas, todo conserva el aire modernista. En un rincón un joven guarda silencio: su lápiz corto se mueve sin cesar sobre el papel, como haría una mano sobre un cuerpo; va de la cabeza al vientre, del vientre a los hombros, de los hombros a la cintura, de allí a los pies y al muslo y de nuevo a la cabeza, para divertirse, juguetón y algo cansado con el cabello; dibuja con facilidad, sin idea preconcebida.

Marina lo mira y al beber el chocolate caliente comienza a recordar historias de su niñez evocando momentos inolvidables: le cuenta a Elliot retazos de cómo de la mano de su abuelo recorría Las Ramblas palmo a palmo,

«... en este tramo de La Rambla se instaló la primera Universidad de Barcelona, por eso se llama "Rambla de los estudios". La de las flores decía el abuelo, es un espectáculo perpetuamente renovado, porque en ella te das cuenta del paso de las estaciones: las mimosas, los narcisos, las violetas y las margaritas nos tienen habituados al invierno. Hasta que un día, el estallido de floridas ramas de almendro y del árbol del amor nos advierte que la primavera ha llegado. A medida que asciende la temperatura y los días se alargan, aparecen los gladiolos y las rosas. Llegamos al verano que vuelca en la rambla claveles, dalias y nardos... Hasta que otro día nos sorprenden los primeros crisantemos. Se nota en el aire como un presentimiento de frío. Las mujeres se arrebujan en sus abrigos, es el otoño. Todos los Santos nos aguarda en la esquina y enseguida volverá a La Rambla la mimosa, flor de enero...»

El Teatro Principal que albergó durante años las tertulias de «El Ateneo» celebradas en el Salón de Cátedras: una clásica rotonda coronada por una cúpula, rodeada de columnas, guarnecidos sus muros con rojos terciopelos, iluminado por una enorme araña... Algo así como un Olimpo. «Bethoven», la tienda de música, rodeada de estanterías llenas de partituras, sueños de viento y metal.

Las carreras alrededor de la fuente «Las tres gracias» de la Plaza Real, bajo las grandes palmeras. El abuelo le explicaba: «antes la plaza era un antiguo convento Capuchino, y en su interior durante muchos años estuvieron guardados valiosos volúmenes, hoy conservados en la Biblioteca de Cataluña» y le mostraba las dos farolas diseñadas por Gaudí. «Hace unos años, continuaba su abuelo, en la plaza existían dos cuevas de jazz "Jamboree" y "Zodiac" y al anochecer la plaza se llenaba de música de saxo, trompeta y voces desgarradas» emulando la voz de Louis Armstrong cantando los inolvidables poemas:

«Vi árboles verdes
y también rosas rojas.
Los vi florecer por ti y por mí
y pensé para mí: ¡qué mundo maravilloso!»

Actualmente tienen sus estudios y talleres muchos artistas.

Cerca de esta plaza, en la calle del Vidrio, «L'Herbolari del Rei». La decoración de este singular establecimiento es una síntesis romántica de Luis XVI y vestigios del Rococó. Se combina el azul verdoso combinado con hilos de oro y policromías que representan ramos floridos y hierbas diversas. En los aparadores,

figuras exóticas de indios de América. Al fondo una fuente monumental de mármol y en la cima un busto del más célebre de los botánicos, el sueco Linneo.

El abuelo, que era farmacéutico, le hablaba del uso de las hierbas curativas desde la antigüedad, le citaba a Dioscórides, médico militar, en la armada romana, en tiempos de Claudio y Nerón. Y de su libro *Plantas y Remedios Medicinales* en el que explicaba los usos de algunas hierbas como por ejemplo: «la anémona, su zumo, instilado en la nariz, es adecuado para la purgación de la cabeza. Y mascada la raíz hace desflemar; el lirio ilírico, tiene virtud calorífica, adelgazante. Produce sueño, hace llorar y cura los dolores de vientre; la menta sirve de afrodisíaco y, bebidos dos o tres ramales con zumo de granada agria, hace pasar el hipo» y de la creencia de propiedades mágicas de algunas hierbas que en la literatura servían de protagonistas, cuando se preparaban infusiones, para enamorar, para hacerse invisibles, para volar... Le hablaba de los filtros mágicos de la *Celestina* para convencer a Melibea o el filtro de amor que enajenó la voluntad de Isolda.

Con especial cariño recordaba los paseos en barca de remos con su abuelo, el jugueteo con las olas; el feliz reencuentro con los tíos de Zaragoza en los andenes de la estación de Francia, la catedral de hierro y bruma; le hablaba del poeta Ángel Guimerá, que vivía en la calle Petrixol, en el número cuatro y de sus paseos por la calle del Pi, Sant Josep Oriol; le enseñaba la Lonja donde Picasso recibió clases de dibujo e iban hasta la calle de la Plata donde estuvo su primer taller y allí pintó su primera gran obra «Primera Comunión». La Sala Parés, la primera sala de exposiciones de Barcelona. Le enseñó a disfrutar del arte.

Marina hablaba muy bajito, casi cuchicheando como desgranando letanías. «La infancia y la niñez, le dice, permanece con nosotros como reino secreto. Un reino de silencio, donde se habla el lenguaje de las cosas mudas. Cuando Eneas pide a Dido, la mítica reina de Cartago, que le cuente la guerra de Troya éste le replica: "Indecible reina". Lo que es lo mismo que decir que todo lo que sucedió en ese lugar y en este tiempo es tan singular, tan lleno de excepción que no cabe en nuestras palabras de adultos, las palabras con las que tomamos posesión de las cosas. Ese reino mudo es el reino de la infancia, que significa literalmente incapacidad de hablar, pero sí de recordar.»

Salieron a la calle y querían deambular por el corazón del barrio gótico, subir la calle del Bisbe, sentir los suspiros de las viejas piedras, cubiertas por la pátina del tiempo... El rasgueo de una guitarra, el agudo de una trompeta o el ritmo alegre y bullanguero de un timbal, entrar en la capilla románica de Santa Lucía, la Casa de l'Ardiaca, con su curioso buzón modernista, diseñado por Doménech i Montaner, la Plaza del Rey con sus improvisados conciertos de flauta por los músicos callejeros. El Archivo de la Corona de Aragón, el monte Táber donde originariamente estaba situada Barcino. Fue el primer núcleo organizado que se conoció. La calle Paradís donde se levantaba un templo romano en honor a Augusto del siglo IV.

La historia duerme entre sus estrechas calles, sólo se oye un murmullo como el rozar suavísimo de los pétalos, o como en las hojas de un libro tratado con mimo por las trémulas manos de un erudito solitario. La languidez inexpressable de las horas que pasan sin dejar huella.

El Ateneo de la calle Canuda, antiguo palacio del Barón de Sabassona, junto a la plaza Villa de Madrid, con su hermoso jardín romántico y su espléndida biblioteca, una de las más importantes de Cataluña, situada en el salón de baile del palacete. Sus anaqueles están llenos de sugerentes títulos. ¿Qué sería de la humanidad sin libros? ¿Dónde y cómo se guardarían la historia, los tiernos poemas de amor, quién acompañaría en la vigilia antes del sueño?

Siempre que visitaba esta biblioteca Marina recordaba un cuento que le relataba su madre antes de acostarse: «Había una vez, decía con su voz tierna, una gran librería que se llamaba "El reino de los libros", y la marca, estampada sobre la primera hoja de cada uno, representaba una corona de rey encima de un libro abierto. Una niña llamada Marina tenía muchas ganas de ir a aquella tienda, pero nunca la llevaban, porque decían que estaba muy lejos. Se la imaginaba como un país chiquito, lleno de escaleras, de recodos y de casas enanas, escondidas entre estantes de colores, y habitadas por unos seres minúsculos y alados con gorro en punta. El señor librero sabía que vivían allí, aunque sabía también que sólo salían de noche, cuando él ya se había ido y apagado todas las luces. Pero a ellos no les importaba eso, porque eran fosforescentes en la oscuridad, como los gusanos de luz. Segregaban una especie de tela de araña, también luminosa, y se descolgaban por los hilos brillantes para trasladarse de un estante a otro, de un barrio del reino a otro. Se metían entre las páginas de los libros y contaban historias que se quedaban dibujadas y escritas allí. Su lenguaje era un zumbido como de música de jazz, pero en susurro. Para vivir en el reino de los libros la única condición era que había que saber contar historias.» Marina soñaba con vivir ella también en el Reino de los Libros, aunque fuera teniendo que reducirse de tamaño como Alicia. Cuando despertaba era como caerse de las nubes del país de las maravillas.